Capítulo II

Reflexiones pedagógicas sobre el realismo pedagógico

A propósito de educar para la prudencia

JUAN ALEXIS PARADA SILVA¹

Se trae a colación el reconocimiento del ser humano como un animal de conflictos. Se otea entonces la idea del conflicto como una posibilidad que le permite al ser humano conocerse y a su vez tener un encuentro con otros seres humanos con quienes debe construir comunidad a partir de la diferencia. Para que el individuo alcance a tener una idea propositiva del conflicto, es necesario que la educación le brinde los elementos necesarios con los cuales podrá enfrentarse a las diferentes situaciones adversas que se le presentan. Igualmente, se trae a colación el tema de educar en y para

1 Licenciado en Filosofía y Letras, magíster en Filosofía Latinoamericana y candidato a doctor en Filosofía de la Universidad Santo Tomás. Pasante investigativo de las Universidades Alcalá de Henares (España) y Católica de Córdoba (Argentina). Líder del grupo de investigación Aletheia. Docente de tiempo completo del Departamento de Humanidades y Formación Integral de la Universidad Santo Tomás de Bogotá, Colombia. Docente catedrático de las universidades Católica de Colombia y Gran Colombia. Conferencista nacional e internacional en temas relacionados con las humanidades, la educación, la filosofía y la cultura. Miembro activo de la Asociación Latinoamericana de Filosofía de la Educación (Alfe) y colaborador del Equipo de Investigación sobre la Educación Secundaria de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Córdoba, Argentina. Correo electrónico: juanparada@usantotomas.edu.co

la prudencia, ayudando de esta forma a encauzar la conflictividad que emerge en las interrelaciones humanas y lograr aprovecharla como impulso para esculpir bases sólidas en la convivencia social.

A modo de introducción

Thomas Hobbes, en su obra *El leviatán*, sostiene que el hombre es por naturaleza un lobo para el hombre, lo cual puede terminar siendo la razón justificable que ayuda a comprender el porqué de la violencia por la que ha atravesado Colombia desde hace tantos años; más aún, permite infundir en la mente de algunos que esa es la verdadera razón por la cual el colombiano es un ser conflictivo y, peor aún, llevarlo a que esté preparado para responder de manera violenta cuando se encuentre con un pensamiento totalmente opuesto al suyo debido a que dicha situación puede resultar siendo una verdadera amenaza para él mismo.

El texto presente tiene como finalidad desarrollar la idea del conflicto como callejón con salida, de tal manera que se contribuya al cambio de mentalidad que se tiene de aquel y, a su vez, se le pueda reconocer como una oportunidad para crecer humanamente y para, a partir de allí, fraguar una propuesta educativa en torno al *mesotes*, a la *phronesis*, a la prudencia.

La reflexión a desarrollar se encuentra dividida en dos partes. La primera parte describe por qué el hombre es un animal conflictivo y la necesidad que existe de que haya un cambio de mentalidad para sacarle provecho a la situación conflictiva. La segunda parte se refiere directamente a la necesidad de que haya una educación en y para la prudencia, con el fin de cambiar el imaginario social y de procurar hacer hincapié en el tema de la reconciliación, acción vital para encontrar parte de esa tan anhelada paz y recuperar la humanidad perdida tanto en la víctima como el victimario.

Primera parte: el hombre como un animal conflictivo

El hombre: ser problemático

El hombre es un ser que se hace en la alteridad, que se construye en comunión. El hombre no arribó al mundo para vivir en soledad o para vivir en un solipsismo total, el hombre vino al mundo para hacerse en comunidad, en sociedad. Pero esa construcción de la identidad no se hace en armonía, en paz, pues el ser humano es un ser conflictivo, que lucha y defiende sus posturas, debate, piensa, abre horizontes, que es social pero tiene la posibilidad de distanciarse de los pensamientos de los demás, que no “traga entero”, que digiere su realidad y que, a pesar de vivir en sociedad, no sigue ciegamente las ideas o iniciativas ajenas.

El ser humano es un ser problemático, que se erige como ser en la medida en que sabe superar sus conflictos, ya que “en lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule su capacidad de luchar y le obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y, por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo” (Zuleta Velásquez 9).

El hombre tiene miedo a la angustia de pensar por sí mismo, por eso evita asumir responsabilidades, siempre busca caudillos, líderes, chamanes o pastores que le ofrezcan verdades últimas, que le ofrezcan seguridades. La realidad es otra, el hombre se hace en la alteridad, se complementa. Pero dicha relación no es un asunto sencillo, lleno de respuestas, sino de contradicciones, carencias, vacíos, angustias y sinsabores que obligan a abandonar toda seguridad y a lanzarse a la aventura del pensar.

Solo nos constituimos como individuos en la relación con los otros. Pero esta relación no es paradisíaca, sino tensa. De ahí que

sea preciso aceptar que la vida implica deseo y carencia, que toda relación interpersonal que no sea obnubilación es necesariamente inquietante, compleja y perdible.

El hombre vive en una permanente pugna entre la sociabilidad y la insociabilidad. Necesita de los otros para construir su identidad, para llegar a ser completamente hombre, pero también tiene una gran tendencia a la separación, al aislamiento, al refugio en un individualismo caprichoso. Se le debe apostar al debate, a la confrontación, al choque de ideas; se debe huir de la comodidad, de esa propensión a instalarse, a creer que todo es color de rosa como en los cuentos de hadas. Se debe dejar a un lado el amor por la concordia, por la paz, puesto que una sociedad con estas características es una sociedad dominada por la muerte, que no lucha, sino que se anquilosa en la facilidad de buscar las respuestas últimas y los resguardos que ofrecen la religión, el alcohol o la droga.

La conflictividad es inherente a la condición humana, basta una simple mirada a nuestro mundo para ver que los conflictos están por todas partes y no se atisba que vayan a finalizar. Si alguien sigue esperando la armonía universal fácilmente lo consideramos un ingenuo incorregible, mientras a los que prometen arreglar las cosas pronto y bien los tenemos como mentirosos o por visionarios peligrosos. (Requejo y Valls 128)

Todos tenemos un anhelo arcaico de reconciliación total, de encontrar una palabra incuestionable que funcione como fundadora de la realidad. Debemos, en cambio, aprender a apreciar el debate y el conflicto como el territorio de nuestra liberación humana.

Para algunos teóricos el conflicto es inevitable, irreductible y necesario. Una nueva sociedad no es aquella que ofrece la promesa de una salida definitiva a los conflictos, sino aquella que es capaz de reconocerlos y de afrontarlos, de vivir no a pesar de ellos,

sino productiva e inteligentemente en ellos. De allí se desprende entonces la exigencia de desarrollar espacios de solución a los conflictos en el marco de los cuales las diferencias no se conviertan en la aniquilación del adversario, sino en la valoración y el reconocimiento efectivo de su existencia y de sus derechos.

El conflicto, ¿problema o posibilidad?

Colombia se está desangrando por no saber afrontar sus conflictos, ¿por qué no tratar entonces de limar las asperezas en vez de atizarlas con más conflictos? La educación debería centrar sus esfuerzos en promover una humanidad más racional, pero no parece viable que el hombre se la pase propiciando confrontaciones que sepulten esperanzas y aniquilen realidades.

En vez de crear conflictos, el hombre debería centrar sus esfuerzos en un trabajo que aproveche al máximo las posibilidades; un trabajo que sea una esperanza activa, una actividad inquieta e inquietante, labrada con continuidad, esfuerzo y dedicación; un trabajo con el cual el ser humano vincule el tiempo del pasado con los propósitos del futuro.

En la actualidad, la escuela se convierte en una institución que justifica las desigualdades previamente existentes. La institución escolar reproduce una estructura injusta de posiciones sociales que favorece a los grupos sociales dominantes. El capitalismo actual precisa convencer a la gente de que este sistema es el único, o por lo menos el mejor posible; y es allí donde la escuela juega un papel esencial, dado que es en esta donde la reproducción adopta su mejor y más organizada forma. Los niños acuden a la escuela a una edad temprana y se les inculcan de modo sistemático las competencias, los valores y la ideología que se ajustan al tipo de desarrollo económico adecuado al control capitalista. Es necesario invertir el papel de la escuela,

que no reproduzca más el modelo económico, sino que se levante como un espacio de encuentro y de conversación constante, posibilitando así el diálogo.

El hombre piensa, constata la realidad, se le atraviesan los deseos, los afectos, los temores y tiende a distanciarse de aquella; no obstante, debe empezar a vivir con ellos o a pesar de ellos; lo más importante es vivir a través de ellos, o inmerso en ellos.

Ningún pensamiento proviene de la nada. Todo pensamiento se soporta en la elaboración de un duelo, en la necesidad de vincular, por medio de un trabajo, el pasado y los dramas experimentados. Si el hombre no sabe enfrentar sus dramas, sencillamente se vuelve un ser dependiente, heterónomo, se convierte en un juguete de los demás o se vuelve un títere de sus emociones. Un individuo que no sabe asumir y enfrentar sus problemas diarios, sus pérdidas, sus decepciones amorosas, que no sabe tomar decisiones ni resolver interrogantes, ni dejarse interpelar por la realidad, puede caer en un escepticismo absurdo o ahogarse en un mar de incertidumbres.

Enfrentar las diferencias no es tan sencillo, ni lo fue para las sociedades del pasado, ni lo es para las comunidades del presente y, seguramente, no lo será para las generaciones futuras, razón por la cual, si se quiere comenzar a hablar de un mundo diferente, lo primero que hay que asimilar es la existencia del mismo.

Quizás por naturaleza y seguramente por convivencia ese ser conflictivo que es el hombre ha tenido en su mente que el conflicto es algo malo, lo que conlleva a que aquel termine siendo así. Tal manera de pensar es el inicio del problema y, a su vez, la dificultad para encontrarle solución alguna. De esta manera, lo primero que tiene que cambiar es precisamente la manera de ver y enfrentarlo.

Es necesario desarrollar la capacidad de reconstruir pensamiento y acción desde una mirada que es capaz de romper los

imaginarios que han permeado una visión esencialista en la cual el conflicto es más bien causante de problemas que el propiciador de transformaciones individuales y sociales. (Mejía 6)

Cuánto no le ayudaría al pueblo colombiano cambiar su percepción sobre el conflicto y, más aún, el de la diferencia, lo cual ayudaría a comprender que si aquel se asume de una manera diferente, es decir, si se comienza a verlo como una posibilidad, se pueden experimentar cambios reales, de manera especial, en la naturaleza de un país que al parecer se ha creído la idea de que es violento.

¿Cómo comprender que la naturaleza del hombre es ser social y con las facultades propias para enfrentarse a diversas y adversas situaciones de manera racional? Ahora bien, si el individuo es un ser social y, además, se afirma de este que es un producto de su época, de su clase, de su situación, de su herencia y de su historia personal, se plantea la exigencia de saber cómo esos condicionamientos se convierten en cualidades propias, en lugar de permanecer como fuerzas ajenas que lo condicionan y lo prescriben; e igualmente surge la necesidad de saber de qué forma de lo exterior deviene lo interior, a lo cual el psicoanálisis puede suministrar una respuesta.

La importancia del pensamiento en los individuos

El pensamiento es un proceso que implica reflexión, implica desentrañar el significado, la importancia o el prejuicio que se oculta dentro de un determinado conocimiento. El pensamiento no es un proceso que llega de la nada, por el contrario, se cultiva, se da a luz y, en esa medida, genera angustia.

El pensamiento es un elemento clave en la reflexión pedagógica. Si la educación no vincula el pensamiento a la cotidianidad, lo que formará va a ser un conjunto de autómatas, pero nunca

personas que puedan dirigirse a sí mismas, y mucho menos dirigir a los otros. La educación debe formar personas autónomas, comprometidas con su entorno, dispuestas a brindar lo mejor de sí para que cada quien se enfrente a los diferentes retos que presenta la vida.

Se reconoce que la educación no solamente debe circunscribirse a mejores maneras de proporcionar un cuidado, sino que debe enseñarse a pensar bajo un proceso sistemático de reflexión y crítica para la atención disciplinaria, humanística y tecnológica. Cada día se argumenta más que el pensamiento crítico debe ser una competencia de egreso de todos los programas académicos. (Cárdenas Becerril et al. 36)

El pensamiento es el soporte de la vida democrática, lo que no significa que alguien pueda ponerse a pensar por decreto, porque de nada vale una norma que permita pensar cuando se carece de pensamiento. Es decir, el pensamiento es una conquista que presupone rupturas y desidentificaciones, y que propone sistemas y nuevas identidades. El pensamiento, como los demás ideales del hombre, no se puede encontrar sino en la vida real y efectiva de los seres humanos.

El pensamiento tiene una dinámica propia que no admite detención o pasividad. Todo principio que pretendamos tomar como absoluto se opone al pensamiento y lo sitúa en el ámbito de una verdad paranoide, es decir, un interés exagerado de afincarse como una verdad revelada. El pensamiento tiene vocación de lucha, de combate; debe oponerse, guardar distancia consigo mismo y con los demás. Pensamos lo que se nos está permitido pensar en virtud de la educación que hemos recibido, de la cultura que hemos interiorizado, de las diversas oposiciones que tiene el pensamiento mismo y de las propias condiciones materiales de existencia. El pensamiento es ruptura con las ideas preestablecidas que han ocupado nuestra

mente. De modo casi inadvertido, observamos con ellas de la forma más natural, porque resultan útiles en el devenir cotidiano.

Son las estructuras mentales las que terminan haciendo más daño en el individuo cuando de manera preconcebida logran que los individuos se acostumbren a lo que puede ser de otra manera, pero que, insertándolo en un sistema, no le deja otra opción, dado que el pensamiento de la persona se nubla y no tiene la posibilidad de despejarse para tener una idea más clara de lo que sucede realmente día a día.

Para poder cambiar la manera como se está acostumbrado a ver el mundo, lo primero que habría por hacer sería cambiar la visión preestablecida que hay del *otro*, ese mismo, del que se decía al inicio de esta reflexión, que es obligatorio para hablar del individuo como persona social.

El reconocimiento del otro en la educación

Se habla del reconocimiento del otro como un elemento incluídible para que el hombre no se encuentre sumido en un solipsismo. Se necesita del otro, ya que no se debe condenar al hombre a la soledad absoluta. El otro es *primordia*. En efecto, no puedo tener conciencia de mí (en el sentido de una conciencia reflexiva) sino a través del otro.

En un mundo que está anclado en el individualismo, en la indiferencia y en la indolencia, urge la necesidad de enfatizar en el otro, en la solidaridad, en la empatía. Es necesario fraguar una ética de la alteridad donde el otro me interesa, me interpela, me complementa. En la educación, el reconocimiento del otro es la llave para menoscabar la apatía, para minimizar los efectos devastadores de una política de civilización que tiene como eje la egolatría. Y si en la educación nos apoyamos en la teoría de la acción comunicativa propuesta por Habermas, podemos coadyuvar a que

los jóvenes puedan resolver sus desacuerdos sin pensar en eliminar a los otros, sino que trabajen fuertemente en la argumentación para soportar sus ideas:

Desde la teoría de la acción comunicativa, la idea de racionalidad comunicativa se despliega alrededor de la resolución de conflictos o desacuerdos. Pero ello no se apoya en la autoridad, la tradición o la fuerza, sino a través de razones y argumentos que favorezcan o posibiliten dichos acuerdos o consensos. Es por este argumento que el concepto de acción comunicativa alcanza su máxima expresión en tanto que el lenguaje es medio (método) para llegar al entendimiento y a la racionalidad no dominadora en la acción social. [...] En definitiva, Habermas le apunta a la figura del consenso como ya anteriormente se enunciaba. Consenso que se basa en el reconocimiento del Otro y del acto intersubjetivo entre otros, desde las posiciones de pretensiones de validez criticables (no absolutas) de sus verdades. De este modo, los actores de la acción comunicativa se suponen capaces de críticas recíprocas. No se limita Habermas con el consenso, afirma que para llegar a este todo acto discursivo de relaciones intersubjetivas y recíprocamente criticables debe pasar por el disenso para lograr el anhelado convencimiento. (Murcia Padilla y Puin López 154-155)

El hombre es la única criatura que requiere educación. Los animales no la requieren, ellos se defienden por instinto; el hombre no solo requiere de cuidado, sino de disciplina e instrucción. El hombre llega a ser hombre exclusivamente por la educación; es lo que la educación hace de él. En la educación se encuentra el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana; por ella el hombre puede alcanzar su destino, pero nadie puede alcanzarlo solo. No son los individuos, sino la especie humana la que puede lograr este fin.

El fin de la educación es construir un mundo mejor, es decir, el perfeccionamiento de la humanidad. La educación es un arte cuya aplicación debe ser perfeccionada por muchas generaciones y en múltiples dimensiones. En este sentido, la educación abre el horizonte para que la humanidad pueda realizarse plenamente. La educación no debe ser una actividad mecánica, sino que, por el contrario, debe descansar en principios, es decir, que estos se conviertan en una segunda naturaleza de la misma. La educación debe orientarse a la autonomía, donde cada uno llegue a conducirse a sí mismo (Ministerio de Educación Nacional 56).

La filosofía es libre, espontánea, empuña los ideales del racionalismo, utiliza un lenguaje expositivo, no ofrece soluciones, propone incógnitas, no es delegable, exige responsabilidad y requiere dedicación.

Ser hombre es tener que educarse. El hombre es un ser ontológicamente inacabado, y al ser inacabado, debe centrar su atención en la educación para poder concluir su ser. La educación es el proceso que le brinda la posibilidad al hombre de finiquitarse ontológicamente. El ente humano es constitutivamente animal educado; el principio de la educación es el hombre mismo y su inconfundible estructura y múltiples funciones. El hombre es obligatoriamente un ser educable; no es cuestión de elección, es que el hombre opta por educarse o, sencillamente, solo se conforma con la mera animalidad.

El Estado, el poder económico, la Iglesia, la familia y también la escuela constituyen fuerzas sociales que oprimen a los individuos y cercenan la plena existencia. Todo lo que se impone termina enajenando al hombre, lo cual hace un llamado a combatir toda clase de opresión, sin importar su origen; se debe suprimir la corrupción política. Es una verdadera apuesta a la autogestión y a la transformación.

La escuela libertaria propugna por un hombre que asuma la responsabilidad de su vida y no se la entregue a los demás; que por

iniciativa personal se constituya en un apasionado por el aprendizaje y el conocimiento. Al discente hay que brindarle herramientas para que alcance la autodeterminación, para que sea un ser autónomo (Ministerio de Educación Nacional), responsable, y para que pueda desarrollar su potencial, para que logre dirimir sus conflictos, pero ello solo se puede lograr en la escuela. Es de aclarar que no en la escuela propuesta por el capitalismo, sino en una escuela nueva que se autoinvente, donde el diálogo, el pensamiento filosófico y una ética del reconocimiento sean efectivas.

La educación como medio emancipador del individuo

El estudiante es un individuo capaz de participar en la planificación social. El alumno no debe ser más el receptor pasivo de un conocimiento que se le entrega para que lo aprenda y luego lo repita ante su transmisor, como un actor pasivo de su aprendizaje. Debe dejar de ser parte del engranaje del mercado productivo y pasar a ser el eslabón que crea procesos de desarrollo social que fortalecen el tejido comunitario y aniquilan el individualismo. En el proceso educativo no hay uno que enseña y otro que aprende, sino que maestro y alumno se forman de manera conjunta.

En nuestro sistema educativo la gente adquiere disciplina, desgraciadamente, de hacer lo que no le interesa, de competir por una nota, de estudiar por miedo a perder el año. Más adelante trabaja por miedo a perder el puesto. Desde la niñez el individuo aprende a estudiar por miedo a resolver problemas que a él no le interesan. El capital ha puesto bajo su servicio y control la iniciativa, la creatividad y la voluntad de los individuos.

El que prime en el mundo actual una idea de una educación rentable, capaz de dotar al estudiante de habilidades técnicas, sin la mediación de la formación humanista, conlleva una pérdida

progresiva del pensamiento crítico y de la capacidad de los ciudadanos para entender la injusticia. (Vidal Arizabaleta 205)

La educación escolarizada tiene como finalidad no la formación integral, sino la preparación para un examen de Estado, donde finalmente el estudiante expulsa esa ensalada de materias que no ha logrado digerir. Desde la infancia se crean monstruos educados que saben de todo, pero desconocen lo principal: vivir, saber vivir, gozar de momentos contemplando la naturaleza, la sonrisa de un niño, el estallido de una carcajada, etc.

Como educadores debemos abogar por una educación que propicie una promoción integral de posibilidades individuales no determinadas por el mercado. Por otra parte, asumir el postulado de Freud según el cual el niño es un investigador, campo que habría que aprovechar al máximo para consolidar una sociedad de investigadores capaces de promover el conocimiento. El niño es un investigador, y si lo reprimen y lo ponen a repetir y aprender cosas que no le interesan y que él no puede investigar entonces no está recibiendo educación alguna.

El estudiante debe ser un individuo transformador de su contexto (Morejón); alguien que investiga, indaga, interroga su entorno y, al analizar su contexto, perfila posibles soluciones. La pregunta es: ¿qué clase de formación debe tener ese chico ávido de saber e investigador en potencia?

La formación de los estudiantes debe procurar las herramientas necesarias para incorporarse al *continuum* del saber, con mente abierta a nuevas informaciones, hechos o fenómenos y con la flexibilidad necesaria para minimizar la relevancia de la información caduca, pasando por el tamiz de la razón y la realidad. La planificación y los elementos de la misma se centran en el estudiante para atender y mantener las ambiciones, las habilidades, las dudas, las esperanzas y las aspiraciones individuales. Es preciso combatir la represión, la ideologización y la segregación: se debe trabajar con

la sospecha, sometiendo todos los elementos a una elaboración, a una crítica que permita superar el poder de la fuerza represiva que es impuesta por el sistema.

Debemos promover una educación que oriente al alumno a la resolución de problemas, que verifique la información, que se deje interpelar por la realidad, que plantee interrogantes, que investigue y reconstruya su propio conocimiento en las diferentes áreas para aplicarlo en situaciones reales y puntuales... Lo que realmente importa es saber en qué medida el proceso vital e intelectual puede volver críticamente sobre sí mismo.

En conclusión, la formación que debe asimilar y construir el discente debe estar anclada en la realidad, ser crítica, combativa, reflexiva, analítica, promover la autonomía, la responsabilidad, en pocas palabras, debe ser filosófica. Vale la pena destacar lo que argumentaba el Ministerio de Educación Nacional en uno de sus artículos:

La vida escolar requiere un trabajo permanente alrededor de un proyecto ético, que haga conscientes a todos los participantes de la necesidad de unos criterios, unas normas, unas actitudes que favorezcan la convivencia y permitan el desarrollo de unos propósitos comunes y otros individuales. (55)

El reto como educadores

El educador no debe coartar el pensamiento de sus alumnos, no debe creer que “se las sabe todas” ni debe intimidar a sus alumnos. El proceso de la educación debe acontecer entre iguales, de tal suerte que ambos aprehendan la realidad y la transformen con su accionar. El educador debe ser un facilitador que disponga de muchos más recursos personales, conocimientos y experiencias de los que adquirirán los alumnos. Es importante que

“facilite” el arranque de cada actividad, impidiendo así bloqueos y esfuerzos inútiles o estériles. Siempre dispondrá de sugerencias qué ofrecer a cada alumno para que su trabajo avance al ritmo común; también podrá llegar a ser un observador externo en los momentos de trabajo individual o grupal, para luego corregir, sugerir y evaluar.

Con lo anterior se garantiza la consecución del objetivo global y, a su vez, se puede disponer de numerosos datos para la evaluación. La misión del educador no es adoctrinar, sino poner la mirada crítica en toda doctrina al establecer diferencias y sacar conclusiones que permitan cultivar, de la mejor manera, el *conocimiento*.

Finalmente, es necesario enfatizar en el hecho de que la educación debe formar para el ejercicio del pensamiento, de tal manera que se reconozca al hombre como un ser social, que aprehende la realidad en conjunto y necesita de los demás para desarrollar sus potencialidades.

De poco sirve un país que se proclama libre y democrático cuando no se le apuesta a una educación que vaya más allá de una simple formación de saberes técnicos que no se acercan en nada a la realidad, a esa realidad conflictiva, hecha por seres conflictivos, pero que tienen todo un potencial para hacer de esta sociedad algo diferente e innovador, de tal forma que puedan enfrentar cada problema de manera creativa, sin violencia y de forma propositiva, sin creer siempre que un conflicto es algo muy malo y no una posibilidad, o que este es un callejón con salida.

Segunda parte: educar en y para la prudencia

Colombia no es un país de la espera, sino de la impaciencia, lo cual no es una actitud que ayude mucho a cualquier tipo de proceso debido a que, como la palabra lo indica, es algo que no se

va a dar de momento, de inmediato, sino que va a tomar mucho tiempo. Todos esperamos que se evidencie un cambio de actitud y una búsqueda de la construcción de la paz.

La escuela, un escenario ideal para el cultivo
de la *phronesis*

Desde esta perspectiva es que se puede hablar de una educación no solo para la paz, sino para la prudencia. Es normal escuchar hablar sobre educación para la paz, pero no es frecuente hablar de una educación para la prudencia; la educación para el actuar correctamente y de forma mesurada debe invitar a mantener la identidad y tomar posicionamientos, pero no desde impulsos emocionales (es decir, no acepto tu postura porque me caes mal, tú me hiciste daño), sino desde un ámbito de la superación de miedos que lleve a buscar (como dice Galtung) un bien común, “que coadyuve en la superación de conflictos con la finalidad de que todas las partes alcancen sus objetivos” (Calderón 80).

Buena parte de los colombianos, sobre todo los del común, no saben muy bien qué pensar o qué decidir debido a que todo el tiempo lo mediático invade sus mentes y, por qué no, hasta sus corazones, ya que se imponen lógicas conductistas que hacen pensar que todo acto y causa debe tener una consecuencia, lo cual hace perder de vista la opción de otro tipo de posibilidades. Es por ello que la educación para actuar idóneamente, prudencialmente, debe convertirse en un espacio de libertad, de expresión, de pensamiento, sin presiones, sin mentiras, donde surjan críticas y, por qué no, conflictos, pero que no se desaten en acciones violentas, sino en la posibilidad de construir desde las contraposiciones.

Solo desde la educación se puede ampliar el horizonte, escuchar varias voces y construir a partir de la diferencia, lo cual no es malo, lo malo estaría en comprender aquella como un obstáculo

para conseguir mis fines. Un buen avance que se puede dar, y donde la educación tiene que ser pionera, es el de la deconstrucción de lo que hoy la sociedad entiende por *conflicto*, puesto que es desde allí que no solamente se debe cambiar la errónea concepción de aquel, sino, además, se tienen que modificar ciertas prácticas que usualmente se tienen para el enfrentamiento de situaciones adversas y que, a su vez, rompen con el equilibrio y la normalidad que muchos temen que se quebranten, puesto que terminan dañando la monótona dinámica de una sociedad que no se quiere hacer cargo de los cambios porque son una amenaza que busca acabar con las zonas de confort a las que es mejor no lastimar, por lo que se debe procurar mantenerlas y, para esto, hay que evitar al máximo romper con ese aparente orden social preestablecido. En palabras de Galtung, sería iniciar una cultura para la paz desde la venganza o desde posiciones de los vencedores sobre los vencidos, ya que ello no permite la construcción de nada, únicamente acumula más odio (Calderón 77).

Johan Galtung sostiene que la mediación se hace con preguntas, con diálogo, con búsqueda mutua; no se trata de hablar de quién vence o quién tiene la razón, sino de construcción de proyectos, que es la paz positiva, con beneficio mutuo e igualdad. Galtung sostiene también que en cualquier tipo de conflicto, si la solución se busca a través de otras acciones violentas, lo único que se genera es un espiral de violencia que nunca se detendrá debido a que se entrará en un juego de defensa y de revancha constante donde el conflicto cada vez será más grande, imparable y con consecuencias desastrosas.

Hacia una cultura de la paz, la prudencia y la comprensión

Se habla en nuestro gobierno de una educación para la paz, pero ¿cómo educar desde un país que vive en conflicto y que los únicos

medios que encuentra viables para poder abordarla son los que se dan a partir de la violencia? Ya se ha mencionado que las respuestas violentas solo serán artífices de una cadena de actos violentos que ocasionarán daños y conflictos más grandes de los que habían antes.

Nuevamente se hace eco a la necesidad de sentar una cultura de diálogo, de encuentro, de comprensión, donde no se impongan unas posturas sobre otras para que al final haya un vencedor y a este sea al que haya que hacerle caso o aceptarle todo. Ninguna paz, sostiene Galtung, se puede construir desde posturas o estructuras de poder sobre las que son consideradas débiles. Cuando se habla de acercarse a la diferencia, no es tomando esta última como superior o inferior. El mismo autor habla de la necesidad de que haya una despolarización de posiciones para poder entrar en diálogo y llegar a un acuerdo. No se llega a algún lado si se piensa en quién saldrá ganando o perdiendo, o quien tenía la razón y quién no. O como afirma la profesora Mariela Sánchez en su investigación *Educación para la cultura de la paz*:

La educación para la paz aspira no solamente a informar a las personas acerca de los diversos aspectos del conflicto humano, sino a enseñar también habilidades para la resolución de conflictos. La principal presunción que respalda la educación para la paz es que si los ciudadanos poseen más información acerca de las alternativas frente al uso de la fuerza, rechazarán siempre los caminos de la violencia. Esta educación como una estrategia para una paz duradera, se fundamenta en la formación de los individuos con el fin de que sirvan de gran apoyo a las políticas pacíficas. (78)

Para lograr una cultura para la paz y para la prudencia debe haber un proceso de superación de todo tipo de prejuicios, una preparación, una pedagogía acerca del conflicto donde no se tome este último como algo malo, sino como una situación que normalmente

se presenta siempre que hay puntos o posiciones opuestas. Como ya se ha mencionado, no es necesario que se tome el camino de la violencia para poder llegar a una buena resolución, lo cual solo se puede lograr desde una cultura y una educación para la paz acompañadas de un modelo de justicia donde el Estado sea ejemplo de reconciliación y elimine todo tipo de dispositivos de poder que generen desconfianza y se muestre abierto a la diferencia, no como amenaza, sino como posibilidad de construcción de visiones más integrales e inclusivas.

En toda la reflexión se ha hecho explícita la idea de que el conflicto, más que un problema, es una posibilidad. Posibilidad para conocerse a sí mismo, para conocer al otro, para ser alternativo, salir de la zona de confort, ver otras opciones e, igualmente, cuestionar hasta la manera misma de pensar. Además, se sostuvo la necesidad que existe de que desde la educación haya una fuerte influencia que ayude a transformar la mente de cada individuo con el fin de que haya una mirada diferente de las situaciones problemáticas que se puedan presentar y, a su vez, que las respuestas frente a estas no sean precisamente las que se presenten como violentas.

Educación en la prudencia requiere que los educadores promuevan escenarios donde se puedan cultivar hábitos reflexivos que, a su vez, permitan tomar las mejores decisiones en aras de beneficiar la colectividad, alejándose de intereses mezquinos y particulares que aniquilan la realización de proyectos que favorecen a la comunidad en general. Verbigracia, Colombia, un país sumido en el atraso, la corrupción, el clientelismo, el narcotráfico, la violencia y en el caos porque un puñado de individuos terminan enriqueciéndose vaciando las arcas del erario público.

Selles define la prudencia como un “hábito propio de la razón práctica. Razón teórica y práctica son, como es sabido, una única potencia, a la que de ordinario denominamos inteligencia, razón, etc.” (Sellés 10). O sea que no nacemos prudentes, es preciso

aprender a serlo. Para ello la escuela debe servir como laboratorio social, donde los educandos representen escenas del devenir cotidiano y puedan tomar decisiones sensatas, donde se puedan sopesar las acciones y buscar el equilibrio, la ecuanimidad, la mesura. Así cuando los jóvenes se tengan que enfrentar a situaciones reales donde se les exija ser prudentes puedan salir adelante sin ningún problema. Para ser prudentes, los individuos antes deben ser educados en la deliberación, en la posibilidad de contrastar entre diversas acciones u obras a realizar; asimismo, los estudiantes deben ejercitarse previamente en el juzgar, intentando señalar cuál acción podría ser la más indicada para, finalmente, desarrollar la prudencia, que guarda relación con el mandato o el imperativo de la acción que previamente ha sido reflexionada y sopesada. Ejercitar la prudencia es una tarea de todos, debe ser uno de los *telos* principales de la educación y debe ser un ejercicio obligatorio para aquellas personas que constantemente deban tomar decisiones vitales, tales como presidentes, ministros, directivos, empresarios, profesores, líderes y padres de familia. Cuando una persona se cultiva en la prudencia logra otear nuevos horizontes de comprensión, vislumbra posibles salidas a las crisis y a las problemáticas en general.

Educación en la prudencia implica desarrollar hábitos cognitivos, virtudes intelectuales que sirvan para rectificar la razón, corregir acciones erradas y actuar de manera más lúcida. Educación en la prudencia permite que los individuos no se dejen llevar por sus pasiones ni por las modas. Cuando una persona es formada en la prudencia se vuelve más valiente, más corajuda, abandona la pusilanimidad y logra tomar decisiones más acertadas y pertinentes. Como afirma Sellés, la prudencia lleva consigo

La fortaleza y la templanza. Hace falta ser fuerte para conseguir introducir la conveniencia en lo dispar, y esto también tiene que ver con la templanza. Si la prudencia no rigiese la fortaleza y la

templanza, en modo alguno se podrían coordinar los medios entre sí. Los medios son un plexo, pero si en él no se distingue lo conveniente y la cooperación entre los medios, se rompe la organización del plexo. Por eso Platón afirmó que la prudencia es “auriga virtutum”, porque añade Tomás de Aquino “toda virtud moral debe ser prudente. Para que haya virtudes morales, es imprescindible la formación previa de la prudencia. Sin ella las demás virtudes no lo son[”]. (35)

Educación para la prudencia implica que se traza un norte en la educación, se tiene un *telos*, un fin, el cual es aportar a que las personas den en el clavo, sean acertadas, sean rectas en su actuar; esa debe ser una de las principales finalidades del proceso educativo. No solo que adquieran conocimientos disciplinares, o sea, que sean buenos profesionales, sino que además sean personas asertivas, justas y equilibradas. Que como humanos yerren, pero como individuos reflexivos rectifiquen sus actos y los encaminen por senderos benevolentes.

Es la prudencia quien alumbra el campo de los medios. Se dispone bien de los medios encontrando el justo medio. Encontrarlo significa aquí conocerlo. Conocerlo es arrojar luz sobre la inclinación de la voluntad para que ésta se adapte con sus propios actos a lo que debe y es mejor para ella, y para que adaptándose se fragüe la virtud moral en ella misma. (Sellés 36)

Educación para la prudencia significa que todos los esfuerzos están encaminados a que los individuos aprendan a juzgar rectamente en casos particulares y que se capacite a las personas en el uso práctico de la razón, que asimismo crezcan en voluntad, posibilitando así que la naturaleza humana sobresalga y se humanice cada vez más.

Por último, el hábito que perfecciona la razón práctica en orden al precepto, imperio o mandato se denomina propiamente prudencia. Lo propio del hombre prudente es mandar, gobernar: “la prudencia es la virtud del gobernante: auriga virtutum, la virtud moral que guía a las otras por afincarse en la razón. En la acción de gobierno, la menos temporal, la más vinculada a la intemporalidad cognoscitiva, es imprescindible el control de la prudencia, la virtud. (Sellés 38)

Es apremiante que se eduque en la prudencia y para la prudencia, ya que cada día necesitamos más personas sabias y ecuanímes que prediquen y practiquen acciones sensatas en aras de cultivar paz y justicia social en nuestras sociedades.

Conclusiones

En conclusión, educar para la prudencia y para la alteridad se puede cristalizar cuando se eduque en la diferencia y en la confrontación, evitando a toda costa la anulación y la censura, vil producto del imaginario colectivo que es infundado por unos pocos que buscan erradicar todo aquello que no se adapte a la homogeneización del pensamiento arbitrario.

La salida se dará en la medida en que haya una deconstrucción de los vicios del pasado para que se dé cabida a las ideas diversas y a la búsqueda de modelos pedagógicos de paz a partir de una nueva cultura que despierte conciencias que lleven a corregir el daño social ocasionado por la costumbre y los malos hábitos que hicieron de los conflictos pretextos reales para generar una violencia justificada y legitimada por quienes por mucho tiempo pensaron de la misma forma y llevaron a los demás a que creyeran que solo había una salida para encontrar la tranquilidad y el

bienestar: la agresión, que ignora la enseñanza de aquel que sostuvo que *no hay camino para la paz, la paz es el camino*.

Solo el cambio de los imaginarios sociales hará posible la consideración de la prudencia como un ir a la realidad misma y constatar los ideales con los presupuestos que emergen de las posibilidades que se desprenden de las condiciones mismas del entorno y de la interacción de los individuos con este y entre ellos.

En general, educar para la prudencia y la alteridad es sinónimo de educar para la paz y la convivencia; lo anterior debe constituirse en uno de los principales derroteros de los currículos formativos para buscar siempre promover la construcción de relaciones equitativas tanto al interior de los centros educativos como al exterior y en otros escenarios, tales como la familia, el barrio, la iglesia o el sector rural. Actuar prudentemente siempre va a favorecer el cultivo de relaciones ancladas en el respeto, la tolerancia y la concordia.

Referencias

- Cárdenas Becerril, Lucila, Araceli Monroy Rojas, Beatriz Arana Gómez y María de Lourdes García Hernández. “Importancia del pensamiento reflexivo y crítico en enfermería”. *Revista Mexicana de Enfermería Cardiológica* 23.1 (2015): 35-41. . Web. 1º junio 2018.
- Calderón, Percy. “Teoría de conflictos de Johan Galtung”. *Paz y conflictos* 2 (2009): 60-81. Web. 1º junio 2018. <http://redcimas.org/wordpress/wp-content/uploads/2012/08/m_JGaltung_LAteoria.pdf>
- Mejía, Marco Raúl. “En búsqueda de una cultura de la paz”. Primer Encuentro Internacional de Pedagogía para la Paz, Educación Ciudadana y Educación Cívica, Manizales, 20-22 mayo 1999. Ponencia. Web. 1º junio 2018. <<https://studylib.es/doc/445382/en-b%C3%BAqueda-de-una-cultura-de-la-paz>>

- Morejón, Julián Betancourt. “Creatividad en la educación: educar para transformar”. *Educación* 10 (1999): s. p. Web. 1º junio 2018.
- Murcia Padilla, Julio y Jesús Puin López. “La interacción dialógica en la comprensión de prácticas autónomas de educación desde Jürgen Habermas”. *Análisis* 47.86 (2015): 141-176. Web. 1º junio 2018.
- Ministerio de Educación Nacional. *Educación ética y valores humanos*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1998. Impreso.
- Sánchez Cardona, Mariela. *Educación para la cultura de la paz*. Bogotá: Ediciones USTA, 2015. Impreso.
- Sellés, Juan Manuel. *La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino*. Pamplona: Universidad de Navarra, 1999. Impreso.
- Requejo, Ferrán y Ramón Valls. “Somos conflictivos, pero... Actualidad de la tesis de Kant sobre la insociable sociabilidad de los humanos”. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política* 37 (2007): 127-163. Web. 1º junio 2018.
- Vidal Arizabaleta, Martha. “Tensiones éticas entre educación humanista y educación para la renta”. *Análisis* 82 (2012): 199-214. Impreso.
- Zuleta Velásquez, Estanislao. *Elogio de la dificultad*. Medellín: Autores Antioqueños, 1992. Impreso.